

ALICE ZENITER

DOMINGO
SOMBRÍO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Sombre dimanche*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2013 by Éditions Albin Michel
© de la traducción, 2017 by Herederos de Juan Díaz
de Atauri Rodríguez de los Ríos
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-25-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 1361-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Domingo sombrío	9
Los libros, los trenes, los cohetes	20
Las garras de los gatos	31
Dios y el orden antiguo	48
Todo lo elaborado con primor	58
La mujer de los baños	64
El niño ruso	74
Los peces del mercado	85
Stalin se las sabía todas	91
Shop occidental	97
El secreto de los canguros	108
El hombre de la polla	113
París California	118
<i>Somewhere over the iron curtain</i>	131
«Cabriola y morir como un caballo salvaje»	147
El amor libre	164
La perfección	169
Las embestidas de los hombres	175
Antes del fin	182
El silencio insondable	196
El mundo vacío	202
Irrupción de la jungla	210
La casita junto al lago	213
<i>Agradecimientos</i>	219

DOMINGO SOMBRÍO

*Domingo sombrío,
con los brazos llenos de flores blancas,
cuando corría tras mis sueños, un domingo por la mañana,
el carro de mi tristeza ha vuelto sin ti...*

Imre oía la voz de su abuelo, que le llegaba desde la otra punta del jardín triangular. No necesitaba fijarse en cómo desaparecían las consonantes en aquel canto pastoso para darse cuenta de que el viejo estaba borracho. Berreaba la canción con una rabia inusual.

*Y desde aquel momento todos mis domingos son tristes.
Las lágrimas son mi única bebida; la tristeza, mi único pan...*

La voz se confundía con el ruido del rastrillo. Se oían los sordos topetazos de la herramienta con la que el abuelo golpeaba la valla una y otra vez. Los choques debían de hacer vibrar todo su cuerpo y resonar en su torcida columna vertebral. Atravesaba su espalda en diagonal como una carretera que rodea un obstáculo. La pierna inútil del abuelo, la que arrastraba tras él penosamente, había desequilibrado su marcha hasta imponer una desviación en la trayectoria de sus vértebras. Cualquier actividad física le producía al viejo dolores lancinantes. Pero él se negaba a dejar de rastrillar.

Las lágrimas son mi única bebida...

El abuelo gritaba más, y el verso sonaba raro en boca de un hombre a quien la *pálinka* animaba a cantar. Imre sabía que el abuelo se había metido una botella en el bolsillo trasero de los pantalones antes de salir al jardín. Una botella larga y tubular, más parecida a un frasco de perfume que a un envase de alcohol.

Imre conocía el aguardiente del abuelo. Meses atrás había abierto la botella para ver a qué olía y el olor le había quemado las fosas nasales. Era un aroma de farmacia, brutal, que penetraba en la nariz corroyendo la mucosa, cauterizándola. No encontró ninguna relación entre los dibujos de albaricoques redondos y dorados que decoraban la botella y aquel tufo a hospital. La decepción había sido violenta.

Al niño empezaba a hacersele familiar que el anciano se emborrachara el 2 de mayo. Tenía cierta conciencia de que el acontecimiento no era nuevo. Ya lo había presenciado alguna otra vez, pero no sabía cuándo. Su cabeza aún no concebía claramente el orden cronológico de la vida, pero conocía esta canción. Ya la había oído antes.

Año tras año se repetía la misma escena. El viejo juraba que había olvidado su pena, que todo estaba bien, que quizá se acercaría al centro de la ciudad para tener la mente ocupada. Pero año tras año la familia se lo encontraba completamente borracho, tumbado sobre las hierbas del jardín, en medio de la basura que no había llegado a recoger, con el rastrillo al lado y la botella vacía al alcance de la mano. A Imre no le dejaban verlo. Lo mandaban a su cuarto. Pero él recordaba haber visto los pies del abuelo sobresaliendo por encima de la hierba, unos pies enormes en su memoria infantil. Había creído que era un gigante muerto y no había podido dormir.

Y cada año, Imre oía la canción maldita, entonada con

más odio cada vez. Un día le había pedido al anciano que se la enseñara, pero él no había querido. Le contestó que la canción era una mierda y que Rezső Seress, el compositor, era un criminal. Imre no entendía por qué el abuelo se empeñaba en cantar una pieza que detestaba. Repetía ininterrumpidamente algunos fragmentos que había conseguido memorizar y trataba de averiguar el significado secreto que desencadenaba la furia del anciano.

*El último domingo, ven, amor mío,
habrá un cura, un ataúd, una mortaja;
tendrás flores, flores y un ataúd...*

Ahora el abuelo entonaba la estrofa más lúgubre. Imre notaba la tristeza de la canción, una punzada en el pecho como escondida bajo una costilla. Se acercó a la ventana y echó una rápida mirada al viejo. Seguía de pie. Aquello no iba a terminar aún.

Poco a poco, los movimientos del abuelo se irían haciendo menos precisos, el rastrillo no llegaría tan lejos en cada golpe. Ambos, el abuelo y el rastrillo, parecían encogerse. La voz se haría más confusa. La canción se transformaría en sartas de palabrotas. El abuelo iría deseando la muerte de todos los que no le gustaban. Que se mueran todos, ¡así reviente otra vez Stalin en su tumba! E inmediatamente añadiría: ¡Que se mueran los hortelanos! Éste era siempre el último juramento, el que soltaba más desesperadamente, justo antes de caer, el que peor le sentaba. Luego se dormía.

Ágnes, la hermana de Imre, y Pál, su padre, saldrían entonces a buscarlo sin hacer ruido. Se acercaban los dos al anciano, pero siempre era ella la que acababa por llevarlo al interior de la casa. Pál era demasiado sensible y no so-

portaba verlo en aquel estado. Se inclinaba un momento sobre su padre tumbado en la hierba, esbozaba un gesto y luego, súbitamente abatido, se dejaba caer a su lado y se echaba a llorar silenciosamente. La espalda de Ági se curvaba bajo el peso del abuelo cuando penosamente lo llevaba al salón.

Dentro, sólidamente sentada en su butaca, Ildiko, la madre de los niños, se negaba a mover un dedo. El viejo no le inspiraba ninguna compasión y sus borracheras anuales la enfurecían. *Büdös disznó!*, decía escupiendo en el suelo. Cerdo asqueroso. El alcohol en general la horrorizaba. Y mucho más cuando el que lo bebía era su suegro. Que pase la noche en la hierba, decía con indiferencia, nadie le ha obligado a ponerse en ese estado.

Pero Imre, Ágnes y Pál tenían un sentido demasiado fuerte de la familia para dejar que el anciano durmiera fuera. Habría quedado expuesto a los trenes nocturnos y a la basura que los viajeros arrojaban por las ventanillas.

En efecto, la casita se levantaba en medio de un haz de raíles que brotaban de la estación Nyugati y los trenes rozaban al pasar las vallas del jardín triangular. En la época de su construcción, la estación era apenas un vago proyecto y nadie podía imaginar que las vías alcanzarían la casa de madera. El mismo nombre de *nyugat*, o sea, oeste, anunciaba otra dirección a los futuros trenes. Pero, a pesar de esta denominación, irrumpieron hacia el norte y el este y cercaron la casa. A finales de la década de 1890 no estaba todavía completamente rodeada de raíles, pero el lado izquierdo del jardín ya estaba cerrado con largas viguetas de metal. Luego pusieron una barrera para establecer una separación clara entre lo que constituía el reino de los trenes y el de la familia de Imre. La división favoreció a los trenes.

El terreno lo había comprado el abuelo del abuelo, en los tiempos remotos en que no era más que un campo a las afueras de la ciudad, y fue él quien construyó la casa. Su nombre estaba grabado encima de la puerta con letras negras grandes y torpes: IMRE MÁNDY. Era el nombre de todos los primeros varones de la familia y la costumbre de llamarlos Imre se remontaba siglos atrás. Cada vez que Imre entraba en casa miraba con orgullo el dintel. Sentía palpar en él, casi materialmente, el vínculo con que aquel nombre le unía a su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo, el antepasado constructor. Pero no a su padre. Curiosamente, la tradición se había saltado una generación y éste se llamaba Pál. Era una falla en el árbol genealógico.

—¿Por qué *Apa* no se llama como nosotros?—preguntaba el niño a su abuelo.

—Los niños curiosos se hacen viejos enseguida.

—¿Por qué no te llamas como nosotros?

—Para ser un poco original—contestaba su padre con una sonrisa triste.

Pero Imre pensaba que le debía de resultar desagradable entrar en casa y ver allí puesto, presidiéndola, el nombre de otro.

Al abuelo le gustaba contar que Imre Mándy el venerable, el constructor de la casa, había comprado la parcela de terreno más bonita que haya existido: el jardín triangular había sido en otro tiempo un prado que atravesaba un arroyo. Aquí y allá había macizos de violetas y, a orillas del agua, en las sombrías hierbas, se agazapaban culebras de agua. En primavera se veían conejos y ranas, el ruido de la vida animal llegaba hasta la casa, ofreciendo a sus moradores sus cómplices murmullos secretos.

Allí, en aquel paraíso húmedo, su antepasado había construido la casa él solo: en la planta baja, el gran salón con su

chimenea y la cocina estrecha con las paredes llenas de cacerolas de distintos colores; en el primer piso, las dos habitaciones, la de los padres y la de los niños, que parecía una miniatura. Debajo de la escalera había un cuartito de baño en el que apenas cabía una persona. Era una casa levantada lentamente por las manos del hombre, un reino sin máquina.

Desde los tiempos del tatarabuelo, la modernización de Budapest había transformado la pequeña vivienda en un islote en medio de las vías. A pesar del paso de los trenes, que cada vez iban más rápidos, la casa se mantenía en pie. Durante años había sido motivo de una lucha incesante entre la familia de Imre y las autoridades locales empeñadas en que nada entorpeciera el desarrollo del ferrocarril. Los habitantes de la vivienda de madera oían ofertas y amenazas con la misma serena indiferencia. El antepasado constructor había decidido para las generaciones venideras que las raíces de la familia estaban exactamente en aquel lugar, tras la puerta marcada con su nombre. Sus descendientes cumplían su voluntad con la convicción de estar en su derecho, pese a las leyes y catastros que esgrimían sus adversarios. Les gustaba la idea de ser una dinastía vinculada a aquella tierra.

Tras décadas de negociaciones infructuosas, la compañía del ferrocarril había renunciado a derribar la casa, a condición de poner a su lado un transformador de cuyo mantenimiento se ocuparían sus moradores. Era la enorme caja de metal que hacía de linde en el extremo plano del jardín triangular.

A Imre le daba miedo el transformador. Era de metal, de color azulado, tachonado de pequeñas manchas de orín que dibujaban ojos sombríos, y tenía la anchura de dos hombres. De vez en cuando emitía haces de chispas, lo que

obligaba a los habitantes de la casita a examinarlo en busca de alguna avería. Pál o el abuelo abrían la puerta que tenía fijado el aviso PELIGRO DE MUERTE para comprobar el estado de los cables. Se metían hasta los hombros en las entrañas tubulares de la caja y a Imre le aterrorizaba la idea de que las madejas de hilos los agarraran en una horrible convulsión y que el artefacto se los tragara.

Cuando estaba solo en casa, Imre salía al jardín a dar vueltas alrededor de la máquina, convencido de que algún día le revelaría su naturaleza diabólica, algo relacionado con los extraterrestres o con los satélites rusos. Pero el transformador dormía, o se hacía el dormido, y el niño no podía dar con ninguna prueba que justificara sus miedos.

No todo era malo en la inquietante caja: gracias a unos empalmes más o menos seguros, suministraba electricidad a la familia Mándy. Además había resuelto definitivamente los conflictos con la compañía del ferrocarril. Tras el acuerdo, parecía que el mundo se hubiera olvidado de la casa. Era como si no existiera.

Dado su especial emplazamiento, la casa de las vías se había convertido en el vertedero público de los trenes que pasaban junto a ella. El jardín estaba permanentemente cubierto de una fina capa de basura. Había de todo, principalmente muchos papeles y envolturas. En cuanto se instalaban en sus asientos, los pasajeros buscaban febrilmente sus billetes de tren y al mismo tiempo se desembarazaban de lo que llevaban en los bolsillos. Tiraban por la ventanilla semanas enteras de recibos, listas de la compra y tarjetas de visita entregadas por indeseables. No podían imaginarse que todos aquellos papelillos inútiles acababan cubriendo el suelo estéril del jardín triangular donde Imre los examinaría uno por uno, con la esperanza de encontrar entre ellos el mapa de algún tesoro.